

CAMBIA, COMPARA Y ELIGE

(DOMINGO III de CUARESMA)

27 febrero 2005

"En aquel tiempo, llegó Jesús a un pueblo de Samaría llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José: allí estaba el manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía. Llega una mujer de Samaría a sacar agua. Y Jesús le dice: Dame de beber..." (Jn 4,-42)

"Dame de beber... Si conocieras el don de Dios, me pedirías de beber". Siempre, a lo largo de la historia, el ser humano ha experimentado dificultades para relacionarse amistosamente con Dios. En el fondo, se levanta con fuerza el sentido de la dignidad humana, que no consiente ser desplazada o pisada ni siquiera por Dios. No cabe duda de que la nuestra es una época especialmente sensible a esto. Y no sólo por una cuestión teórica. Es que el dominio de la naturaleza conseguido por el ser humano y la cantidad de facilidades conquistadas empujan a vivir dependiendo de los bienes que tenemos a nuestro alcance, con la sensación de no necesitar de nada ni de nadie más. Asirse con fuerza a lo que tenemos a nuestro alcance es sensatez y seguridad. Acogerse a la presencia y acción de Dios equivale a soñar y a instalarse en una inhibición comodona de frente a nuestro mundo.

Suenan, por tanto, especialmente chirriantes las palabras de Jesús, que, dichas para la Samaritana, se dirigen a cada uno de nosotros: "Dame de beber... Si conocieras el don de Dios, me pedirías de beber". Y, sin embargo, siendo sinceros, tendremos que reconocer que, a pesar de todo, el hombre de nuestros días se encuentra insatisfecho en medio de la realidad que lo rodea y que no le sacia. Experimenta así la necesidad de un agua que colme y calme su sed más profunda. No es esto una invención o una ocurrencia. Se trata de una experiencia propia de todos nosotros: hemos llenado nuestra vida de "maridos", de realidades que han ido desfilando por nuestra vida de manera continua y sin procurarnos la plenitud: dinero, posesiones, situación social, comodidades, viajes, personas, gastos...

"Si conocieras el don de Dios". Jesús ha descubierto nuestra sed, nuestra necesidad... y espera sentado en el brocal del pozo de nuestra vida. Aguarda que nosotros lo descubramos. Espera que le expongamos nuestra necesidad. Desea llenarnos abundantemente con el agua de su persona, que regenerará nuestra vida y la saciará plenamente. Es un Dios lleno de paciencia para con nosotros... y de amor. No en vano ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido.

"Si conocieras el don de Dios", te abrirías a Él y experimentarías la diferencia.
Como en los anuncios que continuamente nos bombardean, me aventuro a decirte:
Atrévete a cambiar. Deja tus "bebidas" actuales y llénate de Jesús de Nazaret.
Después, dime si ha valido la pena.

Miguel Esparza Fernández